



Cuento y destino en la tradición guatemalteca

CELSO A. LARA FIGUEROA



El leñador

“Un día un hombre pobre estaba cortando un árbol podrido a la orilla de un río, y el hacha estaba floja; entonces a los cinco hachazos, el hacha cayó al río y el hombre se puso a llorar.”

—Ay, ya perdí mi hacha.

Entonces, iba pasando un viejito y le preguntó:

—¿Por qué lloras, mi hijo? —dice.

—Porque se me cayó el hacha al río.

—No llores, yo te la sacaré.

Entonces se quitó la ropa y se tiró al agua. Sacó primero una de oro y le dijo:

—¿Es ésta?

—No.

De ahí saco una de bronce.

—¿Es ésta?

—No.

Sacó una de plata

—¿Es ésta?

—No.

De ahí sacó una de hierro y le dijo:

—¿Es ésta?

—Si. —le dijo.

Salio del agua y le dijo:

—Guarda esta hacha, en un cofre durante siete días, con llave y a los siete días, ábrelo.

Entonces se fue el viejito y el hombre fue a su casa y guardó el hacha con llave; a los siete días, lo abrió y salieron borbollones de dinero. Entonces, había un rico que tenía mucha envidia por el gran hallazgo que había hecho el hombre pobre. Entonces, aflojó su hacha y fue. Antes le preguntó donde había obtenido tanto dinero y le dijo el hombre pobre que, lo había obtenido cuando... guardando una hacha en un cofre, durante siete días con la llave que le había sacado un viejito.

Entonces el hombre aflojó su hacha y se fue a cortar el mismo palo; a los tres hachazos se fue el hacha al río también. Y venía pasando el mismo viejito y le preguntó otra vez:

—¿Por qué lloras, m'ijo?

—Porque se me ha caído el hacha al río —le dijo el rico, verdá?

Entonces le dijo.

—No te preocupes, yo te la sacaré.

Se quitó la ropa y se tiró al agua.

Primero sacó la de plata y le dijo:

—¿Es ésta?

—No —le dijo.

Sacó la de bronce.

—Es ésta? —le dijo.

—No —le dijo.

De allí sacó la de hierro.

—¿Es ésta? —le dijo.

—No —le dijo.

De allí sacó la de oro.

—¿Es ésta? —le dijo.

—Si le dijo.

Entonces, al salirse del agua le dijo:

—Guarda esta hacha durante siete días en un cofre con llave, y a los siete días, ábrelo.

Entonces se fue el hombre rico, corriendo y lo guardo con llave. A los siete días, lo abrió y le salió un monton de avispas y lo picó todo.

Allí terminó la ambición del rico.

El pedazo de plomo

“Eran dos amigos y uno era amigo proporcionado y el otro era pobre, sólo vivía de su trabajo y tenía familia. Entonces un día que (el rico) lo vio, le dijo que lo quería ayudar, el tenía panadería y varios negocios y le dijo que fuera todos los días a traer un pan. Pero llegaba también otro amigo a recoger un pan y tenía menos familia, y a ese que era más amigo le introducía una moneda de valor y al otro le ponía otra, pero el pan más grande. Y entonces le dice:

—¿Y ustedes cuantos son?

—Somos cinco.

—Nosotros somos tres, cambiemos el pan.

Cambiaron el pan y aquel llevo

contento con su pan y donde lo partieron vieron que llevaba una moneda y con eso, pues comían ese día.

Así pasaron mucho tiempo y en la salida cambiaban el pan y el otro ingrato no le decía nada. Pues cuando calculó el amigo (el rico) que ha los había ayudado le dice:

—Ve amigo, ya mañana no le voy a dar porque ya lo ayude bastante.

—Esta bien.

Después lo volvía a encontrar, siempre la misma situación y le dice:

—Yo le he ayudado y siempre está igual.

Pues le conto:

—Ay —le dice (el rico) tome este dinero para que ponga su negocito y se ayude.

Y le dio una bolsa de dinero y él se fue a la casa. Pero no le dijo nada a su mujer y en una cubeta que tenía lo puso, sacó un poco y guardo lo demás, y le echo ceniza encima; y con ese poquito se estuvieron ayudando. En eso que se le terminó y cuando llegó a la casa a buscar la cubeta no encontró nada, y le dice a la mujer:

—¿Bueno, y la cubeta que estaba allí, qué se hizo?

—Ah —le dijo— pasó uno comprando ceniza y como yo tenía necesidad porque ya se me terminó el dinero que diste la vendí

—¡Ay! para qué la vendiste si allí tenía yo dinero escondido.

—Pero me hubieras dicho; sino que no me dijiste nada y yo no sabía y los hijos tenían hambre.

—Bah, que se va hacer.

Siguió pues trabajando él.

Y volvió a encontrar al amigo y le dice:

—¿Bueno, y el dinero que le di?

Le contó lo que había pasado.

—Ay, es que no creo. Le vuelvo a dar, tome pues.

Y le volvió a dar otra bolsa de dinero. Entonces él se fue feliz y compro una canasta, y fue a comprar carne y la puso en la canasta, se llevó la canasta así, puesta en el brazo, pegada al hombro como hacen las mujeres; pero en eso iba ya, — como vivían fuera del pueblo—, cuando iba pasó un aguila y agarró la canasta y se fue volando, se llevó la carne y el dinero que llevaba en la canasta.

—Ay, qué mala suerte tengo,—dijo— yo que iba ser tan feliz y con la carne, y ahora qué voy a hacer.

Llego a su casa y le contó a la mujer:

—Ay, —le dijo— pero como se te ocurre ponerte la canasta ahí.

—Es la mala suerte.

Y siguió pues trabajando en lo que le salía. Cuando volvió a encontrar al amigo y le dice:

—Bueno amigo, yo que tanto lo he ayudado y usted siempre en la mala

situación.

Y le contó.

—Ay, —le dijo— es que no creo. Bueno, tenga este pedazo de plomo, para algo le ha de servir.

Cuando llegó, tiró el pedazo de plomo debajo de la cama; y siguió como siempre buscando trabajo, como siempre.

Una vez llegó un señor buscando un pedazo de plomo para arreglar una su atarraya para pescar, era pescador; llegó a una casa y dice:

—¿No tiene un pedazo de plomo que me venda?

—Ay no, tal vez en la otra casa.

Tampoco. Y le dice ella.

—Tal vez en la casita de ahí enfrente.

—Ay, —le dijo— no tienen ustedes, menos van a tener en ese ranchito.

—Tal vez —le dijo— vaya a probar.

Se fue, él y le dijo:

—Señora ¿No tiene un pedazo de plomo que me venda?

—Ah, si, hay uno ahí, lléveselo.

—¿Y en cuánto me lo da?

—No, no vale nada, lo único que le pido es que el primer atarrayazo que saque es mío.

—Esta bueno —le dijo el señor.

Y como era hombre honrado, se fue al río y tiró la atarraya, y en el primer atarrayazo sacó un pescadón. Entonces ese

se lo llevó. Y la señora que agradecida, se fue a arreglar el pescado y cuando lo abrió tenía un diamante grande. Vino ella y lo guardo, pero en eso uno de los niños se lo sacó para jugarlo y pasó un joyero, tocó y le dijo:

—Señora, ¿me vende ese diamante que tiene el niño?

—¿Cuánto me da por él?

—Le doy unos tres mil pesos.

—Ah no, no lo vendo -le dijo

Se lo quitó al niño y lo guardó:

—Esto vale más.

Se fue a una joyería y dijo:

—¿Señor, cuanto vale este diamante?

—Ah, esto vale como unos cinco mil, le dijo.

Entonces no lo quiso vender, se fue a otra y en la otra le dijeron que le daban diez mil, entonces allí lo vendió y con todo ese dinero se fue y cuando llegó el marido le dijo:

—Ve -le dijo.

Y le enseñó los diez mil.

—¿Y de dónde sacaste ese dinero?

—Ah, del pedazo de plomo. -le dijo.

Y le relato com había sido.

—Ah, entonces nos vamos de aquí.

Se fueron de ese pueblo y se fueron a comprar una casa, compraron una finquita y se puso él a trabajar, compró ganado y la señora pues trabajaba también,

pusieron una tienda y les fue muy bien porque fueron para arriba y para arriba. Él se volvió tan rico que puso sirvientes hasta con librea y el que llegaba a visitarlos tenía que pasar su tarjeta en un azafate de plata. Y una vez pasó (el rico) por la casa y vio aquella casa que era un palacio con el nombre de él allí grabado en la puerta, dijo:

—Y esté me engaño, dijo que no le había servido y mi dinero y ve que casa la que tiene.

Tocó (la puerta).

—¿Está don Fulano de Tal?

—Si -le dijo- ponga aquí su tarjeta

-le dijo el sirviente.

Entonces puso él su tarjeta de presentación. Entró el sirviente. Cuando leyo la tarjeta:

—Ah, que pase adelante, él es mi amigo, no necesita tarjeta.

Y empezaron a platicar y le dice:

—Y bueno amigo -le dice- y verdad que usted me engaño, que si le sirvió el dinero que yo le di y me mintió.

—No -le dice- yo no le mentí, tal como lo relate, así fue. Así es que lo invito a que se quede a almorzar, vamos a cacería, tal vez que encontremos más cosas. Les voy a relatar todo, como fue.

—Está bien -le dijo.

Se quedó a almorzar allí, ¡aquel banquete que le dio! Pues después del almuerzo se fueron y cuando iban en el camino, en una casuchita vio la cubeta y le dice:

—Mire —le dice—, esa cubeta era mía, donde tenía el dinero, el primer dinero que usted me dio.

—¡De veras! —dice.

Y la casa estaba abandonada, le dieron la vuelta a la cubeta y cabalmente, ahí estaba la bolsa de dinero.

—Mire, éste fue el primer dinero que usted me dio, pero a ver cómo está aquí todavía.

Y de allí siguieron caminando y en eso, en un árbol bien alto vio la canasta y le dijo a un sirviente que se subiera al árbol a bajar la canasta y la bajaron. Cabalmente allí estaba el dinero, sólo la carne se comieron los animales y ahí estaba la canasta con el dinero y bajaron la bolsa de dinero.

Ya vio que no le mentí, y este dinero me previno del pedazo de plomo que usted me dio.

Le contó todo como había sido. Y así fue como se quedaron grandes amigos y él quedó convencido que así había sido y allí termino.

La riqueza y la fortuna

“Había un hombre que la Riqueza había pensado ayudarlo. Y pasó la Riqueza y en ese tiempo se usaban talegos de dinero, y esta Riqueza paso con él hombre y le dejó un talego de dinero para que este hombre lo multiplicara, lo hiciera riqueza.

Siempre la riqueza, por su

envidia, pasaba a invitar a la Fortuna para que se pasearan juntos en su corcel que la Riqueza tenía.

Al año de haberle dado el talego de pisto al hombre, regresaron por el mismo lugar a ver cómo iba el ayudado de la Riqueza y lo hallaron pobre porque él, en ese tiempo que la Riqueza le había dado el talego de pisto no se había dado el trigo, y como la mujer era ambiciosa y todo, él tenía dos cántaros de trigo guardados para sus próximos cultivos del próximo invierno. Y entre uno de los jarros de trigo escondió el talego de dinero porque tenía miedo de perderlo para cuando viniera la Riqueza al año de cobrarlo, pues él tenía el talego de pisto entero, aunque no lo usara.

Pasaron dos finqueros buscando semilla de trigo y le preguntaron a la señora montando sus mulas:

—Señora, ¿usted no tiene trigo que nos pudiera vender lo que tuviera?; se lo pagamos muy bien.

—Pues cómo no, dijo ella.

Y le tendió los dos jarros de trigo no sabien la mujer que en el jarro de trigo estaba el talego de dinero.

Cuando regresaron al año, otra vez la Fortuna y la Riqueza paseando pasaron a ver al amigo, y la Riqueza se enoja de ver que el hombre no tenía ni el talego de dinero, ni progreso, ni nada y se enojó y le dejó otro talego de dinero. Entonces el hombre ya no lo quiso esconder en la casa, no que en su saco y se fue al mercado a comprar su semilla de trigo y su provisión para trabajar el año y para empezar a formar sus trabajos de agricultura. Como

hacia mucho calor en el mercado él cargaba una carreta con bueyes y en una etaca de la carreta guindo su saco. Pero con ese tiempo de que empezaba la primavera anidaban los aguiluchos y el aguilucho busca ropa para nidios o cualquier cosa vieja que halla por allí. Y el aguilucho se fijó que la chaqueta del hombre ondeaba en las estacas de la carreta, y se dejó venir de picada, ¡run! y se llevó el saco del hombre con el otro talego de pisto que le había dejado la Riqueza.

Al año regresó otra vez la Fortuna con la Riqueza a ver al hombre que estaba ayudando la Riqueza. En la regresada del año, la Riqueza halló al hombre en peores estados, en pobreza y escondiéndosele el hombre, pero al fin, como Riqueza, Riqueza sacó al hombre, lo pateó e hizo que la Riqueza quiso y el hombre se quedó llorando.

Entonces le dijo la fortuna:

—Ahora yo voy a ayudar a tu hombre que vos tanto luchaste por ayudarlo, yo te lo voy a ayudar. Aquí, te voy a dejar —le dijo la Fortuna (al hombre)— este pedazo de plomo para que vos hagas tu riqueza.

—¿Cómo crees —le dio la riqueza— que yo, dejándole dos talegos de pisto, no puedo hacer riqueza, vos le vas a dar riquezas con un pedacito de plomo?

—Pues sí —le dijo— yo le voy a dar este pedacito de plomo.

Y se fueron:

—Entre un año venimos a ver como está est hombre con el pedacito de

plomo que yo le di. —dijo la Fortuna.

Se fueron la Riqueza y la Fortuna en su gira de paseo. Y al día siguiente la vecina de la señora estaba en estado interesante y estaba ansiosa de un pescado, de comerse un pescado y el hombre (el marido) tenía anzuelo pero no tenía plomo para el anzuelo. Llegó la embarazada a casa de la vecina y le dijo:

—Vecina, venía a suplicarle, si por algún caso, usted no tiene un pedacito de plomo que me regalara para el anzuelo. Tengo deseos de comer pescado, mi marido tiene anzuelo pero no tiene plomo.

—Ayer pasaron dos señoras, la Riqueza y la Fortuna, y la Fortuna nos regaló este pedacito de plomo. Aí se lo voy a regalar yo a usted par que su marido vaya a agarrarle sus peces, que usted tiene deseos de comerse un pez.

—Ay cuanto le agradezco, vecina. Le prometo que el primer pez que agarre mi esposo, se lo vengo a regalar a usted en recomensa del pedacito de plomo que me ha regalado.

—Ah, muchas gracias vecina.

Se fue la vecina. Al rato la vecina de regreso:

—¡Vecina, vecina! ya mi esposo vino de pescar. La pesca está buena y mire este pescadón feo grande fue el primero que agarró.

La señora agarró el pez, lo limió, sacó la pelotita, adentro del estómago estaba la pelotita del diamante que cargaba

el pez, y se lo dio a su patojo para que jugara.

Pero como ya era cuestión de que la Fortuna iba a ayudar al hombre, pasaba esos días un comprador de moneditas de plata, cositas así antiguas, un joyero. Y se dio la sorpresa de que el patojito jugaba con un diamante de los más valiosos del mundo y le dijo a la señora que si quería dos talegos de pisto por el diamante, por la pelotita. Le dijo la señora que no lo vendía porque a su patojito le encantanba jugar con esa pelotita y que no lo vendía porque no quería que su patojito llorara.

Vino el hombre y le dijo que le daba cinco talegos de pisto por la pelotita, le dijo la señora que no.

—Pues mire, diez talegos es una carga de pisto. Le voy a dar treinta talegos de pisto por la pelotita.

Dijo la señora que no porque la pelotita era de su patojito y ella no quería que su patojito llorara y que ella no lo podía hacer con jugar con talegos de pisto porque la pelotita era lo que él quería. Entonces le dijo el hombre que la pelotita se la vendiera y que le iba a dar toda su riqueza y que él tenía aproximadamente unos sesenta mil talegos de pisto y que se los daba por la pelotita.

—Así sí, aunque llore mi patojo
—dijo la señora— se la puedo dar.

Y le dio la pelotita y el hombre le dio todo su capital en efectivo.

Cuando llegó el esposo de su trabajo halló a la señora ahí con aquella

grosería de talegos de pisto y le dice:

—Fijate que yo regale el pedacito de plomo que te dio aquellas mujeres.

—¿Y por qué lo regalaste?

—La vecina está en estado interesante y desea un pescado y su marido tenía anzuelo pero no tenía plomo, yo se lo di y me prometio regalarme un pescado y allí lo tengo ya listo para comer. Y el pez traía una pelotita y pasó un hombre y me dio toda su riqueza y mira que pistarrajal que tengo aquí —le dijo.

Y aquel hombre recontento con la mujer, no hallaba que hacer. Pues agarro él y le dijo:

—De ahora en adelante vamos a trabajar, yo voy a comprar una finca. Dicen que unos ricos que hay allí finqueros están desesperados y venden la finca en treinta talegos de dinero y la voy a ir comprar pero primero voy a ir a compra un mi caballo.

Fue a comprar un su caballo para llegar montando porque era el transporte favorito. Y se fue en su caballo a la finca y pregunto si era cierto que los señores vendían la finca. Dijeron que sí, que la vendían.

—¿Y cuanto querían?

Dijero que treitna talegos de pisto, y les dio los treinta talegos de pisto.

Y llegó él a empezar a organizar la finca. En la organsada de la finca halló el jarrito donde él había guardado el primer talego de pisto que le había dado la

Riqueza. Allá llevó el talego de pisto y ya él con el pisto, allí compro un arma, ya salió de cacería a cazar nidos de aguiluchos, y en la punta de un gran árbol estaba un nido de un aguilucho, dijo:

—Ese nido me lo bajo, dijo.

Y dice para arriba a bajarlo, allí estaba la chaqueta que le había robado el aguilucho con el otro talego de pisto.

En esos días ya estaba cumpliendo el año de plazo que tenía para regresar la Fortuna y la Riqueza si tenía. Y venían en el corcel otra vez paseando, llegaron a buscar al hombre donde lo habían dejado y no lo hallaron. Los vecinos dijeron que ellos se habían hecho ricos del día a la noche y que no sabían cómo, pero que eran ricos, y que una mujer les había regalado un pedacito de plomo y que de allí le había prevenido la Riqueza y que el hombre era inmensamente rico y que en la finca de las orillas del pueblo vivía.

Y se fueron a la finca y hallaron al hombre ya con grandes cantidades de ganado, grandes trojas de trigo y que se entiende, una finca ya en producción y un señor amo de la finca. Entonce la Riqueza se enojo con la Fortuna porque le dijo que como era posible que ella dándole el puro pisto a ese hombre para que trabajara no había prosperado y que por qué ella sólo le había dado un pedacito de plomo, si había prosperado.

En ese momento que estaban en esa discusión salió el hombre y le dice la Riqueza:

—Mire, aquel día, usted me pateó,

me pegó, pero el jarro aquí está con trigo, aquí tenía yo escondido el primer talego de pisto que me había dado usted para que yo trabajara. Cuando me dio el segundo talego de pisto yo fui al mercado a comprar mis provisiones y los aguiluchos estaban anidando y me robaron el saco con el otro talego de pisto. Aquí están sus dos talegos de pisto que me dio. Pues, a la señora aquí me regaló el pedacito de plomo no se lo puedo devolver porque mi señora lo regaló, y de ahí nos provio que hallé una inmensa riqueza con este pedacito de plomo. Estoy muy agradecido de la señora aquí (la Fortuna)—dijo el hombre— y quería yo recompensarla en algo o en parte de lo que tengo a esta señora.

Y le dijo la Fortuna que no porque ella no necesitaba más Fortuna que la que tenía, que la Riqueza ciertamente era rica pero que ella era la Fortuna y ella era la afortunada y que nadie en este mundo podía ser rico sin fortuna. Porque la riqueza era una y tener fortuna era otra. Allí termina el cuento.

Los tres estudiantes

“Habían tres jóvenes que estudiaban en el mismo colegio, y cuando llegó el tiempo terminaron su estudio se retiraron, caminaron un trayecto algo largo acompañados. En el colegio se hicieron amigos y se quisieron como hermanos; y le dicen dos que eran del mismo lugar al otro, de otro lugar.

—Mira hermano, lo mismo que nosotros estudiamos, eso mismo estudiaste

vos. Nosotros, como somos compañeros del mismo lugar y vos de otro te vas a ir solo, nos vamos a separar, pero lo que te suplicamos es que conforme llegues a tu lugar ve que haces para ver si conseguís empleo para trabajar y ganarte la vida que te sirva de algo lo que estudiaste porque nosotros así pensamos hacerlo.

Se despidieron y se fueron cada uno a su lugar. Los dos eran de un solo lugar y el otro que era de otro lugar. Aquellos dos que eran del mismo lugar se concretaron a la inteligencia de ver si se empleaban. Al efecto, encontraron un empleo, los dos. Aquel, que era solo, llegó a su tierra y se preocupó de solo descansar y al largo rato se contó con los dos compañeros. Aquellos jóvenes andaban montados en buenas mulas, de buen traje. Le dijo uno al otro:

—Mira vos, aquel que viene allá parece que fuera Julano.

—Ah, no se puede creer que sea él —le dijo el compañero— porque Julano debe andar bien trajeado porque fijáte que lo mismo que nosotros estudiamos, él estudio, y debe andar por lo menos un poco más arreglado y ese que viene allí, viene de altiro distraído.

Iban acercándose y acercándose hasta que se reconocieron ya de cerca y le dicen:

—¿No sos vos Julano?

—Si mucha, yo soy Julano.

Se apearon de sus bestias, y se fueron y lo saludaron, y le dijeron:

—Hermano, por Dios, qué te pasa, no has hecho por ver en que te empléas, si vos podes. Vos podes desempeñar cualquier cargo, igual como nosotros, en cualquier oficina podés trabajar. ¿No has buscado?

—Ay muchá, de mala suerte porque yo no he podido encontrar.

—Ah —le dicen ellos— es que no has buscado de altiro, de altiro estas preocupado a saber en que debilidades.

Le dice un compañero al otro:

—Mirá hermano, que hacemos con nuestro compañero. Anda muy decaído, regalémole ochocientos pesos.

—¡Regalémole! —dijo el otro.

Le regalieron cuatrocientos pesos cada uno y le dicen:

—Bueno, con estos ochocientos pesos te arreglas algo y ve qué puesto conseguís para trabajar. Otra vez que te encontremos quremos que andés un poco arregladito.

Se despidieron de él y se fueron. Él lo que hizo fue que en un pedazo de sombrero que cargaba, allí echo los ochocientos pesos. En el camino le dieron ganas de hacer sus necesidades, dejó su sombrero en el camino y se metió al monte. Cuando regresó no encontró el sombrero, y dijo él:

—Mi sombrero no esta, qué se haría, mi dinero se perdió. Al cabo que no me costaba nada —dice él mismo— me lo

habían regalado vaya.

Llegó a su casa y le dice a la mujer:

—Fijáte que me encuentre con mis amigos.

—¿Y que te dijeron?

—An, no solo me dijeron sino me dieron.

—¿Qué te dieron?

—Me regalaron ochocientos pesos, cuatrocientos cada uno, y me dijeron que buscara empleo para trabajar, que les era vergonzoso representar como su amigo ante el público en cualquier lugar; pero andando arreglando no les era vergonzoso, fue lo que me recomendaron. Y fijate que me dieron ganas de ir a hacer mis necesidades y dejé mi sombrero en el camino y cuando salí a recoger mi sombrero no estaba.

—¡Ay! —Le dice la mujer— qué cabeza la tuya Julano, lo que estudiaste en que te sirve pué.

—Ah, pues sí, pero qué he de hacer, al cabo que el dinero no me costaba, era que me lo habían regalado. El sombrero, era sombrero viejo, era un pedazo ya, allí nada más tenía el dinero, pero ni el sombrero ni el dinero estaba se perdió, se perdió.

Él, conforme. Al largo tiempo lo volvieron a encontrar los mismos amigos, andaba más pero todavía y le dijeron:

—Julano, ¿no sos Julano?

—Ay mucha —humillado siempre— yo soy Julano.

—¿Pero qué te pasa hombre, que no has prosperado nada?

—Ah, fijese, les cuento muchá, que aquel día me regalaron aquellos ochocientos pesos, en la ida para mi casa me diron deseos de ir a hacer mis necesidades y me metí al monte dejando mi sombrero en el camino y cuando regresé no estaba ni el dinero ni el sombrero así que se me perdió.

—¡Ay cabecita la tuya, hermano, por Dios! —le dijeron ellos—. Qué podemos hacer con vos; un hombre electo, competente, que puede desempeñar cualquier puesto y andar en esta tristeza que andás. A nosotros nos es vergonzoso que digás que sos amigo y compañero de nosotros. Mirá, qué le regalamos —le dice uno al otro.

—Regalemosle esta maqueta de plomo —dice uno de ellos.

—Regalémosela.

Y le regalaron una maqueta de plomo. Ai ve vos en qué lo ocupás.

Entonces dice él:

—Ni tirador soy para poder ocupar plomo, en en fin, me regalan esto mis amigos, me lo llevo.

Se despidieron de él y se fue él a su casa y le dice a la mujer:

—Mirá, me encontré con mis amigos otra vez y me hicieron ciertas preguntas y un reclamo, me avergonzaron, me da pena, pero qué puedo hacer. Yo les dije que el dinero se me había perdido en la forma como se me perdió y me dijeron ellos que qué hacía con lo que había

aprendido, la vivez que existía en mi, lo merezco, qué se ha de hacer digo yo.

—Ay —le dice la mujer— ni por tanto que tus amigos te quieren y ven de esta manera vos podés prosperar en algo, y vos no apreciás nada, qué suerte será la tuya.

—Ah, Dios tal vez así lo quiere —dijo él conforme.

—Pero debes tener un poco de inteligencia —le dijo ella.

—Ah, mira esta marqueta de plomo que me dieron para juguete de los niños.

Ellos ya tenían muchachitos, y aquella marqueta de plomo la cargaron en el patio, de juguete, ahí rodándola un largo tiempo. Allá de repente pasa un comerciante y le dice:

—Señor, esta marqueta de plomo, ¿no me la vende?

—Ah no, es juguete de mis hijos, no tengo cómo comprarles juguetes finos pues, siquiera esa rueda andan rodando con eso se divierten ellos.

—Vaya, esta bueno, pué.

No se la quiso vender, siguieron ellos jugando con la rueda. De repente vuelve a llegar otro hombre, un poco apresurado.

—Señor, en sus inteligencias que ha tenido —le dijo— ¿no tiene usted en su tiempo que ha guardado cosas, una marqueta de plomo para que me la venda?

Pues mire, había una marqueta de plomo por aquí, de juguete de los patojos, si está por aquí pues cómo no, se la doy y que le sirva.

Y la buscaron, por allí estaba pué.

—Aquí está, mire.

—Aaah, —le dice él, era un pescador— señor, usted tiene aquí lo que yo necesito, cuánto quiere por esta marqueta de plomo.

—No quiero nada señor, a mí me la regalaron, yo se la puedo regalar a usted también.

Y se la regaló. El pescador le rindió las gracias y se fue, emplomó una su atarraya e inmediatamente se fue al río a pescar. La atarraya quedó bien arreglada con el plomo que él había encontrado, y en el primer atarrayazo que tiró, le cayó un semejante pescado, luego se acordó él y dijo:

—¡Ah, hermosura de pescado el que me cayó, mi atarraya quedó bien emplomada como para que se lo llevar aquel señor que me regalo el plomo...!

Y siguió pescando y agarró más, pero pescado mediano. Ya que juntó algo, se fue a la casa y le dijo a la mujer:

—Mirá que preciosidad de pescado me cayó en el primer chamarrazo que tiré, le dijo, me quedó mi atarraya buena. Y yo he estado pensando llevarle este pescado al hombre que me regaló el plomo.

—Vos sabés lo que haces —le

dijo la mujer. Desde luego, así lo pensás, lleváselo.

—Arregla ese pescado para hacer el caldo —le dijo él, yo me voy corriendito a dejarle éste su pescado, que haga su caldo de pescado

Él, contento, emocionado se fue a dejarle el pescado a aquel hombre que le había regalado el plomo. Le dijo:

—Señor, vine a verlo y después de verlo le traje este pescado.

—Ay Señor, Dios se lo pague.

—Porque con el plomo que usted me regaló emplomé mi atarreja y fue el primer pescado que me cayó cuando yo me fui al río a pescar y me acordé de usted y se lo traje para que usted también pruebe el pescado.

—Muchas gracias señor, Dios lo bendiga.

Y le dice él a la mujer:

—¿Ya viste? que por eso hay que hacer favores, si la marqueta se la hubiera yo vendido, este hombre no nos hubiera regalado este pescado, pero como le regalé la marqueta de plomo, él luego se acordó de mí para que también nosotros probemos el pescado.

—Sí —le dijo la señora—, es cierto.

Bueno, y en la abierta del pescado, en la cabeza le halló una piedra, una semejante piedra que no sabía él qué era, pero sí parece que se iba llegando la hora de su entendimiento, de su suerte.

Dijo él:

—Ve, que piedra tan preciosa la que tiene este pescado aquí en la cabeza. Esta piedra la vamos a ocupar para juguete de los niños.

Era toda su preocupación de él, los juguetes para los niños. Bueno, el pescado se lo comieron pero la piedra quedó rodando allí entre los juguetes de los patojos. Bueno, así que se cansaron de jugar aquella piedra, de repente pasó un comerciante y les dijo.

—Señores, ¿me dan permiso para descansar un momento?

—Cómo no señor.

Porque la educación él nunca la perdió.

—Pasé adelante y descansa.

En eso el comerciante vido la piedra, la levanto y la limpió y la vido.

—Señor —le dijo— qué preciosa piedra tiene, ¡véndamela!

—Ah, no —le dijo él.

—Le doy cien pesos por ella.

—No, sólo que me de doscientos peso sí.

—Ah no, doscientos pesos no le doy, cien pesos sí le doy. Donde le pueden dar doscientos pesos es en tal lugar.

Allí le dictó el lugar:

—Allí hay dos joyerías donde trabajan toda clase metal, vaya a proponerla que tal vez allí sí se la compran.

Bueno, entonces –digo yo, a mi modo de pensar que ya la hora de la suerte se le iba acercando–. Y le dice él a la mujer, así que el comerciante se fue.

–Yo voy a ir a donde me dice ete señor, a proponer esta piedra.

–Vos sabés lo que hacés –le dice la señora.

Y se fue. Llegó a la primera joyería y dijo:

–Señor, vine aquí con usted a que me vea esta piedra, a ver si me la compra.

–¿Qué clase de piedra trae?

–Aquí está, mire.

Vino el dueño de la joyería y se dio una palmada en la frente y dijo:

–Señor, usted carga aquí un tesoro, no me alcanzan dos joyerías que hay aquí en ese lugar, ni dándole la finca tal.

Él, (el joyero) tenía una gran finca, con tantas cabezas de ganado, tantas bestias y tantos mozos:

–Dándole esas tres cosas no me alcanza para comprarle esta piedra.

Porque la piedra era un diamante y él no lo había entendido que eso era, pero el dueño de la joyería sí lo conoció.

–Solamente que quiera usted, hacer una permuta conmigo: le doy las dos joyerías y la finca tal, por esta piedra. Sólo saco yo de aquí mi ropa y mis cositas que más me interesen.

Y entonces así lo hicieron, dijo él:

–Siendo así, quién me da más por esta piedra, tal vez no voy a encontrar, voy a convenir.

Convino en que le dieran las dos joyerías y que le dieran la otra finca, por la piedra. Buscaron autoridades para hacer los documentos y traslados, de manera pues que él se hizo - recibo de las tres cosas y se fue a recibirlas; buscó la mejor mula y se fue de regreso a ver a su familia. Diciendo estaban sus hijos:

–Mamá ¿y mi papá cuando irá a venir?

–Ay, tu papá, saber que tal le fue, a saber como anda este pobre hombre por ahí.

–Ay, pero mire mamá aquel hombre que viene en aquella mula parece que fuera mi papá.

–¿Y agora m'hijo –le dijo la señora– cómo vas a creer que papa viera en una mula, pues si ya sabes como se fue de pobre...? ¡Y para que venga en mula...!

–Ah, pero parece a mi papá.

Y se hicieron a la puerta, todos los niños a mirarlo venir y la señora también, la esposa. Y él se fue acercando.

–Ah ¡¿Verdad que si es mi papá?!

–¡Sí pues, él es! –dice la señora.

Llego y les dijo:

–¿Qué tal están hijos en estos días

que yo no he estado? ¿Y vos qué tal estás?
-le dijo a la esposa.

-Pues nosotros estamos bien, ¿y a vos qué tal te fue?

-Pues a mí me fue bien, por la gran voluntad de Dios, porque la piedra la cambié por las dos joyerías y una finca, con tantas cabezas de ganado y tantos mozos, tantas bestias y todo -le informó-. Así es, le dijo, que vine a levantarlos, nos vamos para allá.

Ya él venía en otro traje.

-Ah, pué, nos vamos.

Levanto su familia y se fue con ellos. Le gusto más la finca para vivir que las casas donde tenía las joyerías y entonces a los pocos días se encontró con sus mismos amigos y le dijeron:

-¿No sos julano vos?

-Como no.

Él ya andaba con otro semblante porque él andaba montando en una buena mula, de otro traje:

-Así te queríamos ver.

Y se abrazaron y todo:

-Así te queríamos ver, ¿qué tal te ha ido, bien?

Pues, ay, les contó la historia de lo que le había pasado y le dijeron:

-Vaya, así queríamos verte, mirá, damos gracias a Dios y te felicitamos y vamos a ir a verte a donde vos vivís.

-Pues los espero ¿qué día van?

-Tal día vamos.

-Pues allá los espero.

Él invitó a sus amistades y aquellos se llevaron sus amistades también, de manera que les preparó un buen banquete y fue un momento de alegría el momento que llegaron sus amigos. Y en el patio había un árbol, elevado, copado de ramas y les dijo él:

-Salgamos afuera a sombreamos un momento, a que nos ventile la brisa.

Pusó a los criados que sacaran las sillas afuera y salieron estando allí, descansando miraron el árbol, para arriba, y vieron que había un nido, y dijo:

-Allí se ve un nido, a saber de que ave será, yo no lo había visto, hasta ahor lo estoy viendo. Yo me voy a subir a bajar ese nido a ver qué es lo que hay.

-Ah, pero esta peligrosa la subida.

-No, yo me subo -dijo él.

Y se subió al árbol y encontró el nido y dos pichoncillos y como pudo bajó el nido, y el nido era su sombrero aquél que se le había perdido en aquella época, cuando sus amigos le regalaron los ochocientos billetes. Entonces dijo él:

-Este es mi sombrero que se me perdió en aquella época. Voy a satisfacer a mis amigos que sí es verdad que mi sombrero se me había desaparecido para que no digan que es mentira y crean de que sí es verdad.

Como pudo bajó el sombrero y les dijo:

-Amigos -lès dijo- este es mi sombrero que se me perdió en aquella época cuando nos encontramos por primerita vez y me regalaron ustedes los ochocientos billetes.

-¿Lo conocés que es de él?

-Sí, lo conozco que él es.

-¿Y el dinero?

-Ah, el dinero éste es. Yo conozco que éste es el dinero que ustedes me dieron.

-¿Y los pichoncillos de quién serán?

-Ah, los pichoncillos, sin la menor duda son del aguilucho.

Porque habían personas dentro de ellas que conocían a los aguiluchos y dijeron:

-Estos son pichoncillos del aguilucho.

Entonces confirmaron la razón de que al tiempo que él estaba haciendo sus necesidades el aguilucho pasó y vido el sombrero y lo levanto y se lo llevó a ponerlo en aquel árbol para criar sus pichoncillos. Entonces digo yo que la suerte le llega al cristiano hasta que se llegue el momento que Dios se lo destina, y por eso sufrió todas esas consec uencias y teniendo encuentros con sus amigos en aquella pobreza que él andaba hasta que llegó a ser feliz con aquella piedra que había encontrado en la cabeza del pescado. Pero el principio de su vida el estudio con los dos compañeros estudiantes. Por eso decimos el caso de los tres estudiantes, terminación.